

Luis Soto Escobillana

LA GENERACION DEL 98 EN LA TETRALOGIA DE RAMON PEREZ DE AYALA

Ha señalado Hans Jescke⁽¹⁾ que los elementos fundamentales de la estructura espiritual del 98 son el intelecto clarividente, sensibilidad enfermiza y abulia. Los valores sociales, morales y espirituales no ofrecen ningún factor de base para la acción y la vida espiritual degenera y se degrada. Todo ello se traduce, según Jescke, en los del 98 en una falta de fe. De ahí el condicionamiento del sentimiento de vida pesimista. El mismo planteamiento lo había considerado antes Doris King Arjona⁽²⁾ cuando desarrolla el aspecto de la abulia en Baroja y Azorín.

Tales rasgos, configuradores de la evaluación que del mundo realizan los del 98, se advierten en la Tetralogía de Ramón Pérez de Ayala.

El sistema evaluativo⁽³⁾ que adopta el narrador y que corresponde específicamente al protagonista Alberto Díaz de Guzmán, obedece a una normativa que se corresponde a los sistemas ideológicos-evaluativos de otras obras de la Generación del 98, básicamente las novelas **Camino de Perfección** y **La Voluntad**, ambas aparecidas en 1902.

El punto de vista desde el cual el mundo es evaluado, corresponde al personaje que vertebra las cuatro novelas de Pérez de Ayala y que constituyen lo que la Crítica ha denominado Tetralogía. Por lo anterior, estas cuatro novelas deben ser vistas como un todo y no aisladamente. Esto en el aspecto de la clarificación del punto de vista que se adopta para la organización

1. Hans Jescke. **La Generación del 98 en España**. Santiago de Chile. Ediciones de la U. de Chile. Traducción de Yolando Pino, 1954, pp. 80 y ss.
2. Doris King Arjona. "La Voluntad and Abulia in contemporary Spanish ideology", in **Revue Hispanique**. Vol. 74, 1928.
3. Boris Uspensky. **A Poetics of Composition**. Los Angeles University of California Press, 1973. Vid. "Point of view on the Ideological Plane", pp. 8-16.

de la narración en el texto. No se atenderá, en esta oportunidad, a los procedimientos fraseológicos que también explicitan la manifestación del punto de vista en el nivel de la ideología y de la evaluación del mundo.

La primera etapa narrativa de Pérez de Ayala está formada por cuatro novelas - Tetralogía. Ellas son: **Tinieblas en las cumbres** (1907); **Ad Mayorem Dei Gloriam** (1910); **La Pata de la Raposa** (1912); **Troteras y danzaderas** (1916). No se tomará en cuenta la novela **Ad Mayorem Dei Gloriam** (A.M.D.G.) más que para señalar que en ese texto en donde se narran sus experiencias como estudiante de los jesuitas, se advierten ya los antecedentes - venidos del tipo de educación recibida - que harán de Alberto Díaz de Guzmán, el protagonista de la Tetralogía, un ser sin voluntad, un abúlico, un pesimista, un condenado a no encontrar la razón de su vivir. Es importante consignar que esta novela, publicada después de **Tinieblas en las cumbres**, se convierte en la primera novela desde el punto de evolución del personaje.

Tinieblas en las cumbres es una obra en la que se relata el viaje de Alberto - ya hombre y posterior a su educación jesuítica y unos amigos a una localidad con el propósito de presenciar en la altura un eclipse. Sin embargo, el viaje que emprende Alberto tiene como finalidad el intentar encontrar, en la relación con los demás, una salida a la soledad que empezaba a corroer su vida. No obstante, él se mantiene siempre alejado y aislado del resto, no respondiendo a consultas de sus amigos y de las mujeres - prostitutas - que se habían procurado para hacer más placentero el viaje. La diversión que gozaba el resto, no tenía sentido para él.

Alberto no manifiesta voluntad para integrarse al grupo ni tampoco la tiene para entablar una relación con Rosina - una de las mujeres de la compañía. Esta le ha buscado pues se ha dado cuenta que Alberto es diferente a los demás. Sin embargo, Díaz de Guzmán no solamente no entra en esa relación sino que, además, no la ayuda cuando ella se lo solicita. Su conducta, sin embargo, no le impide advertir que habiendo podido hacer algo, ya es tarde y se entrega a dejar pasar " el tiempo, con los codos en el valladar y las mandíbulas apoyadas en las manos" ⁽⁴⁾. Tal carencia de voluntad le impedía, en reiterados momentos, responder a sus amigos. Es verdad que los otros sólo piensan en divertirse y que Alberto está siendo llevado por otros pensamientos; pero no es menos cierto que él no participa sino calla y se

4. Ramón Pérez de Ayala. **Tinieblas en las cumbres**. Madrid. Edit. Renacimiento, 1923, p. 299.

mantiene alejado. Cuando establece alguna comunicación, su discurso deja de manifiesto su carácter pesimista:

"Preferible es morir de una vez por todas, que no vivir constantemente en espera de la muerte definitiva" (5).

Al momento del eclipse, momento final del viaje, Alberto ha llegado a tal grado de convulsión que el narrador afirma que Alberto atravesaba aguda crisis espiritual. Hay una identificación entre el instante del fenómeno solar y la convulsión que Alberto experimentaba. El se sentía enajenado, mirando la naturaleza como creyendo encontrar en cada detalle los pasos del manto que venía. Por ello "vio como aquella ola de infinita lobreguez venía hacia él, le envolvía, le tragaba" (6).

Este es el punto máximo - en las cumbres - para su crisis espiritual. La visión del hecho natural le hace tomar conciencia de sus propias tinieblas. Se ha desencadenado su ruptura interior. Su inseguridad en el mundo y su evaluación de la vida en términos negativos y pesimistas, le lleva a estimarse como "guiñapo de carne efímera y vestezuela inmundamente orgullosa" (7). Tal consideración de sí mismo le hace caer en una grave crisis, a tal punto que desea convertirse en "nada":

"Querría derretirse en el fango, deseaba que el firmamento fuera material y, desplomándose, lo aplastase y redujese a cenizas" (8).

Su visión de las cosas se oscurece. El eclipse solar se ha adentrado produciendo en él, en las cumbres de su alma, la oscuridad y las tinieblas:

"Las tinieblas se extendieron sobre las cumbres de mi alma; en una de ellas, en la más alta, como la antorcha bíblica debajo del fanal, estaba la luz, y era el ideal de la gloria; pero las tinieblas amortajaron las cumbres. ¿Quién traerá nueva luz?" (9).

Alberto experimenta la noción que no hay esperanza y que todo, irremediamente, se ha perdido. Ha perdido esperanza en la vida y cae en un pesimismo que le llevará a la angustia. Así expresa:

5. Ibid., p. 306.

6. Ibid., p. 303.

7. Ibid., p. 303.

8. Ibid., p. 303.

9. Ibid., p. 303.

"No sé lo que tengo. Siento angustia (...) Una desazón (...) me falta aire para respirar" (10).

En otro momento dice "no sé lo que tengo". Adviértase la reiteración del "no sé lo que tengo". Las sombras de no saber nada le ha oscurecido su alma. En el mismo momento en que se produce el eclipse, Alberto ha llegado a otra cima: la desesperación. El viaje ha finalizado. **Tinieblas en las cumbres** es tinieblas en la vida del protagonista.

La Pata de la Raposa es la tercera novela escrita por Pérez de Ayala. Esta narración sigue teniendo a Alberto Díaz de Guzmán no sólo como protagonista sino también confirma la evaluación que hace éste de la vida y de la suya en particular. Más aún, la nota de pesimismo, de falta de voluntad y de una carencia de diseño vital, se ven acrecentadas.

Desde el comienzo del relato, aparece caracterizado como un muchacho "a quien el azacaneo de la vida había despojado, prematuramente, una por una, de todas las mentiras vitales, de todas las ilusiones normativas, y para quien habían perdido el carácter de fuerza motriz todas esas palabras que acostumbran escribir con mayúscula: religión, moral, ciencia, justicia, sabiduría, riqueza, etc." (11).

Hay varios aspectos que destacar en la cita anterior. Por una parte, y ello como clara referencia a las novelas anteriores, Alberto aparece como despojado "prematadamente" de cualquier iniciativa para vivir. Tal privación ha ocurrido a una temprana edad, aun antes, quizás, de haber puesto en ejercicio tales valores. La carencia de valores será causa de una conducta que muy bien puede señalarse como característica de la narrativa de la Generación de 1898. Por otro lado, la pérdida de fuerzas motrices le hará arribar a un planteamiento que la vida no tiene sentido.

Hay en este personaje una propensión a los espacios desérticos. Amaba esa naturaleza desértica, hosca y huérfana de vegetación. Experimentaba sensaciones propias de una sensibilidad enfermiza, un estado nacido por su resignación de lo no realizable. La confusión traduce su interioridad:

"Su espíritu era un hacinamiento confuso de escombros" (12).

10. Ibid., p. 317.

11. Ramón Pérez de Ayala. **La Pata de la Raposa**. Buenos Aires. Edit. Espasa Calpe, 2a. ed. 1944, p. 14.

12. Ibid., p. 236.

Nada más significativo que el advertir el estado ruinoso de su vida. Hacinamiento, es decir, apilamiento, confusión de escombros, lo que se rompe y se viene abajo. A este punto de "hacinamiento confuso de escombros" le ha llevado su abulia y sensibilidad enfermiza.

De esta toma de conocimiento surge en Alberto la necesidad que alguien le oriente. Su visión y evaluación del mundo está en la noción del laberinto, es decir, confusión. De ahí lo imperioso de esa orientación. En algún momento deseó, incluso, ser guiado por su perro Sultán. Ello traduce la pura animalidad, el instinto. Ya no recuerda su condición de ser humano y racional. Tal es su deseo de encontrar algo que le dé sentido a su vida, que en ocasiones obedece a una fuerza interior pero sin percibir qué. También cree encontrar en la naturaleza la fuerza impulsora de su voluntad pero ello le trae pánico:

"Sus ojos volviéronse involuntariamente hacia la luna (...) La presencia del astro insensible e inútil le causaba aversión" (13).

Sin lugar a dudas que es el personaje Josefina - Fina - su novia quien aparece como la real posibilidad para encontrarle sentido a su existencia. El mismo Alberto reconoce tal creencia:

"Al lado tuyo me olvido de todo; pero en cuanto me aparto, soy una cosa sin voluntad; a merced de fuerzas extrañas" (14).

La presencia de esta mujer aparece como muy importante en la vida del protagonista. Ella posee la capacidad de transformarlo. Fuera de Fina, está la conciencia de ser "una cosa sin voluntad". Da la sensación que Alberto toma conocimiento de su fragilidad vital, experimenta la noción de ser una hoja movida por el viento, por "fuerzas extrañas". Fina, es decir, el amor, le proporciona las emociones que él no tenía. Como se ha anotado antes, desde joven se había quedado sin esas "mentiras vitales" que son comunes a los humanos. Por ello expresa:

" Lo único que puedo asegurarle es que Fina es la primera mujer que produjo ciertas emociones" (15).

13. Ibid., p. 89.

14. Ibid., p. 69.

15. Ibid., p. 19.

La presencia de Fina no invalida, sin embargo, la constatación que Alberto se encuentra desprovisto de todo estímulo. La evaluación que él hace de su condición y de todo lo que le rodea, es que la "nada" se ha adueñado de su vida. Su nihilismo le obnubila al grado que piensa que no se puede hacer nada. El narrador mismo, quien narra asumiendo el punto de vista ideológico de Alberto, señala tal aspecto, incluso reforzando esa evaluación por medio del plano fraseológico:

"Y cae en profunda confusión de pensamientos. Alberto no dice **nada**" (16).

"A solas, Alberto se tumbó boca abajo sobre el lecho. Con las manos se apretaba la frente. No hubiera querido pensar en **nada**" (17).

"Alberto no tenía deseos de preguntar **nada**" (18).

Alberto no dice nada, no piensa nada, no pregunta nada. Tal rasgo caracteriza un diálogo habido con su criado Manolo. Este, sabiendo que su señor acostumbra realizar ciertas actividades cuando viaja, y referente a un viaje a Ciencella, le pregunta qué libros llevará y la respuesta es "ninguno". A la pregunta si llevará caja de colores para pintar, Alberto responde "nada". Lo mismo ocurre respecto de papel para escribir: "nada". Finaliza el diálogo señalándole a su criado que no quiere nada y que si se aburre, ese es su problema y no el suyo - el criado.

Este aspecto es recurrente en esta novela y en toda la Tetralogía. Se llega a una situación de total pesimismo cuando él expresa que "no tengo ganas de nada" y se resiste a leer una carta aduciendo un "¿para qué?".

Su nihilismo le lleva a evaluar no solamente su propia vida sino también a estimar la vida toda como limitada de muerte por todas partes:

"Nuestra vida, en el momento de nacer, es como una caja vacía, cuyas paredes son de diamante negro. Las paredes son la muerte. Nuestra vida está limitada de muerte por todas partes" (19).

16. Ibid., p. 214. El subrayado es mío.

17. Ibid., p. 166.

18. Ibid., p. 163.

19. Ibid., p. 35.

El problema de Alberto, y de ahí su angustia, es el no poder resolver el gran problema: cómo llenar la caja vacía que es la vida. Hay momentos en que le asaltan sombríos presentimientos; permanece por momentos anonadado; desea de modo desesperado abandonarse a la fatalidad; de preguntarse acerca de cómo el tiempo marcha inexorablemente. Le parece que cualquier cosa que haga - si es que se decide a hacerla - le resultará inútil. Todo tiende a la nada y las cosas siempre serán lo mismo. Tal evaluación del mundo le hace vivir constante y persistentemente atormentado y atravesado de pensamientos negativos:

"Sentíase en un estado que se parecía a la tristeza, como la niebla se parece a la lluvia" (20).

Nótese que el narrador, que asume el punto de vista del protagonista, no define exactamente el estado de Alberto. Es algo difuso, ambiguo. Se parecía a la tristeza.

En el indispensable estudio sobre la Generación de 1898, Hans Jescke, refiriéndose a la estructura espiritual de esa generación, señala como característica fundamental ese aspecto pesimista y ambiguo. Achaca tal estado a una falta de fe. Es este factor el que define básicamente la conducta de Alberto, especialmente referido a los asuntos religiosos. Su evaluación de la religión - religare - le hace verla como un freno para unos y un estímulo para otros. Para él - punto de vista ideológico - es una "mentira necesaria", una mentira vital. Recuérdese que él estaba desprovisto de esas mentiras. Su falta de fe -carencia- es el resultado de la educación represiva de lo vital que él había recibido de los jesuitas y que aparece en **Ad Mayorem Dei Gloriam**. A esa educación negadora de la vida, Alberto debe la conciencia que nada vale el esfuerzo humano. Acusa a los jesuitas de haberle ligado el alma y de haberle apretado con el miedo al ridículo, es decir, con haberle matado la autenticidad, el deseo, la voluntad.

Alberto es un personaje no sólo carente de la fe religiosa sino también abandonado de la creencia de que algo se puede hacer. Su vida aparece desprovista de afectos y de las nociones vitales necesarias. Tal carencia es consecuencia de su educación infantil. Que tal evaluación no es accidental y que caracteriza, en suma, la misma posición de Pérez de Ayala, está dado porque otra de sus novelas posteriores - **Los Trabajos de Urbano y Simona** - redundan en los efectos negativos de un sistema educativo fundado

20. Ibid., p. 146.

en la negación de lo humano. Esa misma ideología la sustenta Unamuno en **Amor y Pedagogía**.

En algún momento, Alberto llega a poseer un cierto ideal, el ideal de una vida apartada, de una casa, del gozar el momento, el ideal clásico del *Carpe Diem* (21). Sin embargo, su deseo de vivir apartado no es posible pues hay fuerzas que él no sabe explicar que le impiden todo ideal.

Su desesperanza se advierte también en preguntas que él mismo se hace. No sabe si es un hombre o un portafolio de estampas; si le ha hallado sentido a todo. Quizás uno de los instantes en que mejor se aprecia tal condición, sea el siguiente:

"¿Para qué sirvo yo? Respondíase: no sirves para nada. Entonces se miraba al espejo lleno de compasión hacia sí mismo. Y le decía la conciencia: no sirves para nada, porque estás podrido de molicie ... porque en tu pereza miserable crece la vida - que es anterior y superior a la persona - no vale nada en sí" (22)

La palabra "ensimismado" es usada por el narrador para evaluar su actitud. En algunos casos, este estado aparece no siendo entendido por Alberto. En otros momentos, le impide advertir que lo observan. No falta la ocasión que el ensimismamiento es contrario a la socialización, incluso a la socialización amorosa. La evaluación que otros personajes tienen -desde un punto de vista que es común para ellos- es que Alberto es un insano.

La sensibilidad enfermiza, la carencia de voluntad, el pesimismo y la falta de fe, rasgos que Jescke anotó como propios de muchos personajes de las obras del 98, aparecen como constitutivos de la personalidad de Alberto Díaz de Guzmán y también de otros personajes en estas novelas de la primera etapa del escritor asturiano, nacido en Oviedo. Es curioso advertir en un análisis del plano fraseológico que evidencia el nivel ideológico, la presencia de una serie de términos - nada, nunca, no sé, etc. -, que aparecen mayoritariamente en la sección titulada Noche de esta novela. **La Pata de la Raposa** está dividida en tres partes: Noche, Alba y Tarde. La cantidad de expresiones en la parte Noche identifica el orden natural y el orden humano: las tinieblas, la oscuridad en ambos órdenes.

21. Véase al respecto, mi artículo "Algunas notas sobre tres tópicos en las cuatro primeras novelas de Ramón Pérez de Ayala", en *Nueva Revista del Pacífico* No. 26. Academia Superior de Ciencias de la Educación, Valparaíso, 1984, pp. 95-108.

22. Pérez de Ayala. **La Pata de la Raposa**, p. 189.

La cuarta novela de la Tetralogía es **Troteras y danzaderas**. Ella fue publicada cuatro años después de la aparición de **La Pata de la rapsa**. Sin embargo, la cronología es superada por un interés en el proceso evolutivo de Alberto y de su evaluación del mundo. Es así, entonces, que **Troteras y danzaderas** deba ser ubicada entre las partes segunda y tercera de **La Pata de la rapsa**, es decir, entre el Alba y la Tarde. En **La Pata de la rapsa** Alberto, no encontrando razón para su vida, abandona a Fina y la posibilidad de ser salvado por el amor. Viaja a Madrid - rasgo típico de los del 98 - y allí, en la gran ciudad, en el centro de la vida española, cree encontrar algo que le llene su vida, su caja vacía, esas mentiras vitales que él no poseía y que siendo evaluadas como mentiras, le eran necesarias. **Troteras y danzaderas** es el relato de esa búsqueda febril por el sentido existencial.

En Madrid conoce a Téofilo Pajares, un poeta en quien ve su propio destino:

"Mi vida no tiene sentido", decía Pajares" (23).

No cambia el estado de Alberto, el que es retratado como un ser carente de "esperanza y ambición". Más todavía, en esta última novela, se hace claro el conocimiento que él tiene de su vida:

"El mucho amor y dolor de su juventud le habían desgastado el yo" (24)

El estado presente es el resultado del pasado. El pasado se encuentra plasmado en la novela **Ad Mayorem Dei Gloriam**. Amor (carencia) y dolor (aumento) conforman la dicotomía que le ha conducido a convertirse en un yo sin ambiciones. De ahí su evaluación del mundo en términos del pesimismo y del desencanto. Es en la niñez y en la juventud en donde se encuentra la causa. Es allí donde fue aplastada la vida.

El viaje a Madrid y su vagabundeo por todos los ámbitos de la vida madrileña, no le entrega un repertorio de mentiras vitales pero le hace tomar conciencia que la crisis actual viene dada por la educación deficiente. Y ese planteamiento es el que caracteriza su sistema evaluativo de la realidad de España. España lo único que produce - y ha producido - es troteras y danzaderas.

23. Ramón Pérez de Ayala. **Troteras y Danzaderas**. Madrid. Edit. Renacimiento, 1922, p. 55.

24. *Ibid.*, p. 84.

